

LXXXIII

Sus heridos y enfermos al abrigo
 Pone Bullon ántes que el campo ceda;
 Ni quiere que sea presa al enemigo
 Lo que de ingenios bélicos le queda.
 La gran torre que horror lleva consigo
 Bien le sucede que salvarse pueda,
 Aunque en la horrible tempestad pasada
 Quedó en parte deshecha y quebrantada.

LXXXIV

Del gran peligro libre á duras penas,
 Llega ahora á lugar de salvamento;
 Mas cual nave tal vez que á velas llenas
 La mar corre y desprecia ondas y viento,
 A vista ya del puerto, en las arenas
 O escollos destrozó choque violento,
 O corcel que en el fin de su carrera
 Tropieza cuando ya descanso espera;

LXXXV

Tal sucede á la torre, que en la parte
 Que á los tiros del muro expuesta tuvo
 Dos ruedas se le rompen de tal arte,
 Que amenazando ruina se detuvo;
 La escolta en torno de ella se reparte
 Y á fuerza de puntales la mantuvo,
 Hasta que los artifices llegaran
 Que de sus daños todos la reparan.

LXXXVI

Lo ordena así Gofredo, deseando
 Que ántes del nuevo sol se halle compuesta,
 Los caminos va todos ocupando
 Y en ella deja guardia bien dispuesta;
 Por el ruido que se hace trabajando
 A la ciudad la obra es manifiesta:
 Los que las luces ven que dentro encienden,
 Lo que en ella se hace bien comprenden.

FIN DEL CANTO UNDÉCIMO.

CANTO DUODÉCIMO.

Clorinda y Argante incendian la torre de los cristianos.
 Historia de Clorinda. Su pelea con Tancredo y su muerte. Llórala Tancredo.
 Argante jura vengarla.

I

Era la noche. Sin buscar reposo
 En el sueño, á sus cuerpos fatigados,
 En el trabajo velan afanoso
 Los francos, redoblando sus cuidados.
 Los paganos tambien con anheloso
 Afan, en sus reparos maltratados
 Trabajan, y en sus muros derruidos,
 Y curan unos y otros sus heridos.

II

Llenado este deber, y concluida
 Del todo casi la faena dura,
 Van ya cesando, que á dormir convida
 Más callada la noche y más oscura.
 Mas no duerme Clorinda, que atrevida
 Fama sólo y honor ganar procura:
 Con ella Argante está; sosiega todo,
 Y habla consigo misma de este modo:

III

“ Al rey turco y á Argante hoy sus acciones
 “ Fama inmortal y noble prez valieron;
 “ Que solos contra tantos escuadrones
 “ Las máquinas cristianas destruyeron.
 “ A mí por toda hazaña en los bastiones
 “ De léjos disparar el arco vieron.
 “ Que no estuve infeliz bien lo confieso;
 “ Más ¡qué! ¿Una dama puede sólo eso?

IV

“ Mejor fuera en el monte ó la floresta
 “ Asaetear los animales fieros,
 “ Que do el viril valor se manifiesta
 “ Mostrarme hembra entre tantos caballeros.
 “ ¿Por qué no de mujer vestir honesta
 “ El traje y habitar claustros austeros?”
 Grandes cosas hacer al fin resuelve,
 Y al Circasiano que allí está se vuelve.

V

“ Tiempo há —le dice— que en mi mente gira
 “ Un no sé qué de insólito y de osado,
 “ Que la agita y conmueve. O Dios la inspira,
 “ O un dios el hombre para sí ha forjado
 “ De su querer. La luz del real mira:
 “ A él con hierro y fuego ir he pensado
 “ Y la torre incendiar. Pueda yo esto,
 “ Y al cielo dejaré cuidar del resto.

VI

“ Mas si sucede que la suerte mia
 “ Al retornar el paso me impidiere,
 “ Mi amistad mis doncellas te confia,
 “ Y el que á Clorinda como padre quiere;
 “ Cuanto ántes puedas, al Egipto envia,
 “ Las damas y el anciano, si él quisiere.
 “ Házlo por Dios, señor, compadecido
 “ De la vejez y el sexo desvalido.”

VII

Se asombra Argante, y en su pecho recio
 De gloria el aguijon herirle sienta:
 “ ¿Tú has de ir allá —le dice— y con desprecio
 “ Me dejarás entre esta vulgar gente?
 “ ¿Crees que sin riesgo me será de precio
 “ Ver de léjos el humo y llama ardiente?
 “ No, no; si en armas nos juntó la suerte,
 “ Juntos tendremos gloria ó juntos muerte.

VIII

“ Corazon tengo yo tambien que basta
 “ A morir y á trocar á honor la vida.”
 “ Bien claro —ella responde— lo probaste
 “ Hoy, haciendo la intrépida salida;
 “ Mas yo una mujer soy. ¿Y no pensaste
 “ Que mi muerte será apénas sentida?
 “ Pero tú muerto (¡Dios jamas lo quiera!)
 “ ¿Quién despues las murallas defendiera?”

IX

Él replica: “Es inútil la porfía
 “ En que mi decision mudar intentes:
 “ Tus huellas seguiré si vas de guía,
 “ Delante iré si en serlo no consientes.”
 Concordes al rey van, que presidia
 Los más altos señores y prudentes.
 Clorinda dice: “Escucha de buen grado,
 “ Señor, lo que decirte hemos pensado.”

X

“ Argante (y que jaectancia no es verémos)
 “ Quemar promete aquella excelsa torre:
 “ Yo iré con él, y la hora esperarémos
 “ En que más al cansancio el sueño acorre.”
 Las manos alza el rey, haciendo extremos,
 Llanto de gozo en sus mejillas corre
 Y exclama: “Alabo á Dios que piedad tiene
 “ De su siervo, y mi reino aún sostiene!”

XI

“ Ni caerá tan pronto, si con tales
 “ Ánimos contar puedo en su defensa;
 “ Más ¿cómo, ilustre par, os daré iguales
 “ A el mérito loor y recompensa?
 “ Loor la fama os dé con inmortales
 “ Voces de gloria por la esfera extensa:
 “ Premio os es la obra misma, y dél aparte,
 “ De mi reino tendréis no escasa parte.”

XII

Así habla el cano rey, y los estrecha
 Al uno y otra al seno tiernamente.
 El Soldan que allí se halla y no desecha
 La honrosa emulacion que siempre siente,
 “ Para estos casos fué mi diestra hecha
 —Dice— y os seguiré resueltamente.”
 Y ella: “¿todos han de ir á esta campaña?
 “¿Si tú vas, quién al rey aquí acompaña?”

XIII

Así ella dice. Duro y altanero
 Se preparaba á replicarle Argante;
 Mas se adelanta el rey y habla primero
 A Soliman con plácido semblante:
 “ Bien siempre tú, magnánimo guerrero,
 “ Te mostraste á tí mismo semejante
 “ Sin que peligro alguno te arredrara,
 “ Sin que jamas la guerra te cansara.

XIV

“ Si cuanto afuera hacer tu valor puede,
 “ Mas ocasion daria á grandes males
 “ Que os vayais todos y ninguno quede
 “ De los que sois en armas principales;
 “ Si á estos dos salir se les concede,
 “ Aunque en precio sus vidas son iguales,
 “ Es que la empresa es útil é importante
 “ Y á acabarla no fuera otro bastante.

XV

“ Mas pues la torre vemos custodiada
 “ Por tanta gente que con ella viene,
 “ Que por pocos no puede ser dañada
 “ Y el enviar á muchos no conviene,
 “ El par que pide la aventura osada
 “ Y tales hechos por costumbre tiene,
 “ Vaya en buen hora: es tal su valentía
 “ Que á mil otros él solo equivaldria.

XVI

“ Tú como el regio honor más bien requiere
 “ Que á las puertas guardar te ruego atiendas,
 “ Y cuando (en Dios confío que lo quiere)
 “ La torre envuelvan ya flamas horrendas
 “ Y á éstos de vuelta un escuadron siguiere
 “ Enemigo, saliendo los defiendas.”
 Así un rey dice. El otro le oye atento
 Y quieto queda, pero no contento.

XVII

Ismeno añade: “Que esperéis os ruego
 “ Los que habeis de salir á hora más tarda;
 “ Que un raro mixto á preparar voy luego
 “ Que á la torre aplicado, la haga que arda:
 “ Dormirá parte acaso con sosiego
 “ De la gente que de ella tiene guarda.”
 Esto acuerdan, y váse cada uno
 Del gran hecho á esperar tiempo oportuno.

XVIII

Clorinda se desviste la armadura
 De plata, y claro yelmo, y gran cimera,
 Y á otra la trueca llana, negra, oscura
 (¡Infausto anuncio!) porque no luciera;
 Piensa ocultarse así é ir más segura
 Cuando entre el enemigo se metiera.
 Allí está Arsete, eunuco, que amoroso
 La educó desde niña, cuidadoso,

XIX

Y arrastrando tras ella el cuerpo anciano,
Le hizo fiel y constante compañía.
Al verla armas cambiar, pensó, y no en vano,
Que á grandísimo riesgo se ponía;
Se aflige, y por el pelo vuelto cano
De ella en servicio, y la memoria pia
De su antiguo cariño, le insta y ruega
Deje el intento; ella tenaz se niega.

XX

Por lo cual, dice al fin: "Pues decidida
" Así en tu mal tu pecho se endurece,
" Y ni mi edad cansada, ni sentida
" Súplica de mi amor no te entenece,
" Cosa he de revelarte nunca oida
" De tu origen, qué fábula parece:
" Despues, tu querer sigue ó mi consejo."
Miéntras habla, ella atenta mira al viejo.

XXI

" Fué de Etiopía Rey (y aun por ventura
" Lo es) Senapo en reinado venturoso,
" El cual de Cristo observa la ley pura,
" Y el pueblo etiope imítale piadoso.
" Yo, pagano y esclavo, allí en clausura
" Y en mujeril oficio decoroso,
" Del Rey servia á la querida esposa,
" Que era, aunque negra, por extremo hermosa.

XXII

" El Rey la amaba hasta perder el seso
" Y el amor con los celos igualaba;
" E hizo en él poco á poco tal progreso
" La celosa pasión que le aquejaba,
" Que ocultarla y guardarla con exceso
" Y hasta al cielo esconderla procuraba.
" Prudente ella y humilde obedecía,
" Que agradar sólo á su señor quería.

XXIII

" Hay entre las imágenes piadosas
" De que su régia estancia está pintada,
" Virgen de blanco rostro, y como rosas
" Las mejillas, junto á un dragon atada
" Que tiene entre sus roscas escamosas
" De un guerrero la lanza atravesada.
" Muchas veces ante ella se arrodilla,
" Sus culpas dice y su oracion sencilla.

XXIV

" Fruto fué de la union de estos señores
" Una niña (eres tú), blanca y hermosa;
" Asustan á la reina esos colores,
" Que no esperaba tan extraña cosa;
" Y conociendo al Rey y sus furioses,
" Su parto resolvió ocultar medrosa,
" Pues él habría, viendo tu blancaura,
" Sospechado en la reina mancha impura.

XXV

" A una niña negrilla que naciera
" Poco ántes, determina de trocarte.
" Conmigo y con sus damas prisionera,
" Sola habitaba una secreta parte,
" Y á mí que era su siervo y con sincera
" Fe la amaba, te dió sin bautizarte;
" Ni allí hacerlo pudiera fácilmente,
" Que el uso del país no lo consiente.

XXVI

" Con el encargo te entregó en mis brazos
" De que te crie en un lugar distante.
" ¿Quién diría las lágrimas y abrazos
" Con que se despidió en aquel instante?
" Cual si su alma se hiciera mil pedazos,
" Gime, te besa y llora madre amante;
" Al cielo mira y dice: "Dios elemento,
" Mi vida tú conoces y mi mente.

XXVII

" Si jamas he manchado el casto lecho
 " Conyugal, y mi fe guardé inviolable,
 " Por mí no pido: cosas mil he hecho
 " Que ante tus ojos me hagan despreciable.
 " Salva el parto inocente, á quien el pecho
 " Dar no puede la madre miserable;
 " Sólo en honesta ser se me parezca;
 " En lo demas suerte mejor merezca.

XXVIII

" Tú, santo paladin, que defendiste
 " A la doncella de la sierpe horrenda,
 " Si mi lámpara humilde siempre viste
 " En tu altar, y de incienso y oro ofrenda,
 " Ruega por ella; y en momento triste
 " A tí acuda, tu amparo la defienda."
 " Calló; su corazón se oprime y hiela,
 " Y mortal palidez su rostro vela.

XXIX

" Te tomé sollozando, y bien cubierta
 " Te saqué de una cesta entre las flores,
 " Con arte tal, que á sospechar no acierta
 " Nada, alguno de tantos servidores.
 " Desconocido yendo por desierta
 " Selva henchida de sombras y de horrores,
 " Ví una tigre que ardientes de ira tiene
 " Los ojos y hácia mí derecho viene.

XXX

" Subo á un árbol, te dejo en la maleza,
 " Que tal terror la horrible fiera inspira,
 " Llega, y volviendo la feroz cabeza
 " A tí en la yerba fijamente mira:
 " Amánsase, depone su fiereza,
 " Y con plácido aspecto en torno gira:
 " Se acerca y cariñosa va lamiendo
 " Tu rostro, y la acaricias tú riyendo.

XXXI

" Jugueteano, hácia su boca fiera
 " Las manecillas tiéndesle contenta:
 " Ella, cual si nodriza tuya fuera,
 " A que mames sus tetas te presenta;
 " Miro yo aquello que jamas creyera,
 " Pues un nuevo prodigio representa.
 " Cuando la tigre conoció tu hartura
 " De su leche, se vuelve á la espesura.

XXXII

" Bajo yo, te recojo, y mi camino
 " Sigo adonde le habia enderezado,
 " Que era un pequeño albergue allí vecino,
 " Donde criársete debe con cuidado.
 " Estuve allí yo mismo hasta que vino
 " El mes décimosexto concertado,
 " Que con lengua infantil ya balbutias
 " Y con paso inseguro andar querias.

XXXIII

" Mas yo á la edad llegando que declina
 " A la vejez y á caducar empieza,
 " Rico, que fué como abundante mina
 " Para mí de la reina la largueza,
 " Cansóme aquella vida peregrina,
 " Comenzó de la ausencia la tristeza
 " De amigos y de patria, y al sosiego
 " Volver ansiaba del casero fuego.

XXXIV

" Parto, y á Egipto, mi nativa tierra,
 " Llevándote conmigo, el viaje emprendo,
 " Llego á un valle en que todos lados cierra
 " Ladrona banda y un torrente horrendo.
 " ¿Qué hacer? Dejarte en medio de la sierra
 " No quiero, y escapar deseo huyendo;
 " Me tiro á nado y una mano nuevo
 " Y con la otra tu amado peso llevo.

XXXV

" Rapidísima baja la corriente
 " Y un remolino en medio vuelve y gira;
 " Allí llegado trabajosamente,
 " Me revuelve y al fondo me retira.
 " Te suelto, el agua te alza mansamente,
 " Y el viento ayuda que suave espira:
 " Salva estás de la orilla en las arenas
 " Donde cansado arribo á duras penas.

XXXVI

" Te tomo alegre, y en la noche, cuando
 " Están los séres todos en reposo,
 " Sueño ver que un guerrero amenazando
 " La espada al pecho me ponía furioso
 " E imperioso me dice: "Yo te mando
 " Que á la niña bautices, por piadoso
 " Encargo de su madre. Ella en el cielo
 " Es bien querida y yo en su guarda velo,

XXXVII

" Y la amparo y defiendo. Por mí dada
 " Fué piedad á la fiera, y mente al río.
 " ¡Ay de tí si tu fe fuere negada
 " A este sueño, del cielo heraldo pio."
 " Calla y despierto luego. A la alborada
 " Sigo el camino que acabar ansío;
 " Mas mi fe cierta, el sueño engaño puro
 " Creyendo, del bautismo no me curo,

XXXVIII

" Ni del materno ruego. Te criaste
 " Pagana, y nunca la verdad supiste;
 " Creciendo, fuerte en armas te mostraste
 " Y el sexo y natural temor venciste;
 " Fama y tierra has ganado, y el contraste
 " De tu vida bien sabes grata ó triste,
 " Y que tu padre y siervo siempre he sido
 " Y en el guerrero oficio te he seguido.

XXXIX

" Ayer que al alba un sueño me oprimía
 " Grave y profundo, semejante á muerte,
 " La misma imágen ver me parecia
 " Con más turbado rostro y voz más fuerte;
 " Ya, felon, la hora llega, me decia,
 " Que cambiará á Clorinda vida y suerte;
 " Será á tu pesar mía y tuyo el duelo."
 " Dicho esto, por el aire tendió el vuelo.

XL

" Este aviso celeste cierto augura
 " Hija, en tu daño raros accidentes.
 " Yo no sé. Al cielo ofende por ventura
 " Que no sigas la fe de tus parientes,
 " Santa acaso. Mi afecto te conjura:
 " Depon las armas é ímpetus ardientes."
 " Calla y llora. Ella piensa temerosa;
 " Que un sueño igual la tiene cuidadosa.

XLI

" Responde cuando al fin se tranquiliza:
 " Sigo la fe que creo verdadera,
 " Que me dió con la leche la nodriza
 " Por tí, y ora me pintas embustera;
 " Ni armas ni empresas dejo asustadiza,
 " Que á un fuerte corazón mengua le fuera.
 " No, aunque la muerte en el peor semblante
 " Que al hombre asusta, póngasme delante."

XLII

" Y le consuela luego. Siendo hora
 " De por obra poner lo prometido,
 " Párte y se une al guerrero sin demora
 " Que el peligro con ella ha compartido;
 " Se les agrega Ismeno, y avigora
 " De los dos el valor ya tan fornido,
 " Y de betun y azufre mezcla extraña
 " Les da y fuego de cobre en una caña.

XLIII

Salen de noche quedo, á la colina
 Juntos, con paso largo, apresurado,
 Van, y á la parte donde está vecina
 La hostil máquina ya casi han llegado.
 El ansia y la emoción que los domina
 Les tiene el corazón alborotado,
 Que fuego, sangre y destrucción anhela.
 Grita y pide la señal el centinela.

XLIV

Sin responder prosiguen, y la guarda
 "¡Al arma! ¡al arma!" clama en altas voces;
 Ya aquel par no se oculta, y nada aguarda,
 Que tanto como audaces son veloces.
 Como lanzan el rayo ó la bombarda
 Relámpago á la vez y trueno atroces,
 Al avance el ataque llegó junto:
 Romper y penetrar fué sólo un punto.

XLV

Fuerza es al fin que tras de lucha horrible
 Salgan los asaltantes con su intento.
 Sacan el fuego y mixto combustible
 Que á la madera arrojan; al momento
 La llama se levanta inextinguible.
 ¿Quién expresar podría cuán violento
 Crece el fuego con chispas y centellas
 Y á ofuscar sube el humo las estrellas?

XLVI

Globos de llama espesa y turbulenta
 Entre humo giran y siniestros lucen:
 Sopla el viento y las fuerzas acrecienta
 De mil fuegos que en uno se reducen.
 La hoguera atroz sorprende y amedrenta
 A los que aquella máquina conducen:
 A armarse van. La torre tan temida
 En un instante cae derruida.

XLVII

Dos cristianas escuadras marchan luego
 Donde el incendio estalla, lentamente.
 Grita Argante: "A apagar voy ese fuego
 " Con sangre vuestra," y vuela á hacerles frente.
 Ve á Clorinda que sube con sosiego
 Al monte, y cede lento. Cual torrente
 Que hincha la lluvia de copiosa nube,
 Tras ellos la enemiga turba sube.

XLVIII

Abierta la áurea puerta, en ella espera
 El Rey, y el pueblo armado le acompaña,
 Para que el par heroico se acogiera
 Cuando cima feliz diera á su hazaña:
 Los dos el umbral saltan. La guerrera
 Turba franca también entra con saña;
 La arroja Argante; ciérrase la puerta;
 Fuera queda Clorinda descubierta.

XLIX

Sola fuera quedó; que en el instante
 Que la puerta cerraron, se movía
 A castigar con ira fulminante
 A Arimon que la hirió y aprisa huía;
 Le castigó. No había visto Argante
 Que no hubiese ella entrado todavía:
 La lucha, las tinieblas y el ruido
 Su vista ofuscan, turban su sentido.

L

Ella, su ira un tanto mitigada
 Con enemiga sangre, el riesgo advierte
 De las cerradas puertas, y cercada
 De contrarios, por cierta dió su muerte;
 Mas viendo que de nadie es observada,
 Poder salvarse cree de esta suerte:
 Que de ellos finge ser; y confundida
 Va en el tropel, de nadie conocida.

LI

Luego, cual cauto lobo que procura
Tras un robo, esconderse y desviarse,
Así ella del tumulto y noche oscura
Aprovechase quiere, y escaparse.
Sólo Tancredo extraña su apostura,
Y sospechando, acaba de acercarse.
La vió cuando á Arimon matado había,
Y la marcó, y de cerca la seguía.

LII

Sus fuerzas probar quiere, porque estima
Que es hombre digno que con él combata;
Ella rodeando va la áspera cima
A otra puerta, y de entrar por allí trata;
Veloz, ántes que llegue, él se aproxima,
Y el ruido de las armas le delata.
Vuelta ella, grita: "Tú que de esta suerte
Corres, ¿qué traes?" Él dice: "guerra y muerte."

LIII

"Ambas tendrás —replica;— no rehuso
"Dártelas, pues las buscas;" y hacen alto:
Tancredo al verla á pié por no hacer uso
De su caballo, desmontó de un salto;
Cada cual á la espada mano puso;
Ira y orgullo incitan al asalto,
Y feroces se atacan, cual si fueran
Dos toros que celosos se embistieran.

LIV

Dignos de un claro sol, dignos de un pleno
Teatro, son sus hechos memorables.
Noche, que ocultas en tu oscuro seno
Y en el olvido, hazañas tan notables,
Que dél las saque de entusiasmo lleno
Mi canto deja. En siglos perdurables
Viva de ambos la fama, y en su gloria
No perezca de tí la alta memoria.

LV

Ninguno pára ó quita ó se defiende,
Ni la destreza en esta lucha es parte;
A finta ó firme ó falso no se atiende,
Que en la sombra y furor se pierde el arte;
Chocar se oye el acero que se tiende
A medio hierro, sin que un punto aparte:
Firme el pié siempre, sin parar la mano,
Ni tajo ocioso dan ni punta en vano.

LVI

La ofensa á la venganza fiera excita;
De la venganza nace ofensa nueva;
Una y otra al herir continuo incita,
Y estímulo á la cólera renueva.
Más se estrecha el combate y precipita;
No halla la espada ya donde se mueva:
Con los pomos se asestan golpes rudos:
Topan los yelmos, chocan los escudos.

LVII

Tres veces con robustos brazos ciñe
A la dama Tancredo; ella al instante
De los lazos de acero se descñe,
Que de enemigo son y no de amante.
Al hierro vuelven, que uno y otro tiñe
En sangre. Fatigado y anhelante
Cada uno, al fin, del otro se retira,
Y tras el largo batallar respira.

LVIII

Míranse. El cuerpo exangüe recargado
Cada uno al puño de su espada tiene.
Ya el brillo de los astros apagado,
Cede á la aurora que saliendo viene.
Tancredo ve al contrario más llagado,
Y que ménos herido él se mantiene:
Se alegra ufano. ¡Oh loca nuestra mente
Que infla de fortuna un accidente!

LIX

¡Miserol ¿de qué gozas? ¡Cuán sentida
La victoria ha de ser que anhelas tanto!
Te hará verter, si sales con la vida,
De esa sangre una gota, un mar de llanto.
Viéndose así, y la lucha interrumpida,
En silencio descansan algún tanto:
Le rompe al fin Tancredo, que quisiera
Que el contrario su nombre descubriera.

LX

“Lástima es —dice— que en silencio quede
“Nuestro comun esfuerzo y valentía;
“Mas como la enemiga suerte vede
“El loor y la luz que nos debía,
“Ruégote (si en la lid rogar se puede)
“Que tu nombre me digas y valía,
“Para saber, ya venza ó sea vencido
“A quién mi muerte ó gloria haya debido.”

LXI

Responde ella altanera: “Uso es constante
“En mí el nombre ocultar; vano es tu ruego.
“Sea yo quien fuere, uno de dos delante
“Tienes que á la gran torre dieron fuego.”
Arde Tancredo en cólera flagrante.
“Dijístelo en mal hora —grita luego;—
“Y hables ó calles, que he de darte, digo,
“Bárbaro descortés, duro castigo.”

LXII

La ira torna; de guerra á las faenas
Bien que débiles, vuelven. Lucha horrible
Donde no hay arte, y fuerza queda apenas
Y á ambos reemplaza furia inextinguible!
¡Cuánta sangrienta puerta abre en las venas
De ambas espadas el herir terrible
Donde caen! Si aun vida allí reside,
Es que el coraje que se parta impide.

LXIII

Como el Egeo, aunque los recios vientos
Que le agitaron, ya vayan calmando,
No se aquieta, el sonido y movimientos
En sus hinchadas olas aún durando,
Así, aunque con la sangre por momentos
El vigor en los brazos va faltando,
Aun conservan los ímpetus primeros,
Y ménos fuertes son, no ménos fieros.

LXIV

Mas llegó ya la hora señalada
Que la vida á Clorinda quitar debe.
Al bello seno él dirigió la espada,
Que en él entra y la sangre ávida bebe.
La túnica que de oro recamada
Los tiernos pechos cubre, fina y leve,
Caliente licor baña. Palidece
Ella, y el pié le falta y languidece.

LXV

Sigue aquel la victoria, y á la herida
Virgen, va amenazando en mil maneras.
Ella al caer, con habla dolorida
Las palabras pronuncia postrimeras
De un nuevo santo espíritu movida
Con fé, esperanza y caridad sinceras
Que Dios le infunde. Si rebelde viva,
Muerta su esclava es: Él la reciba.

LXVI

“Venciste, amigo, te perdono, y pido
“Perdon, no al cuerpo, á quien temor no agita:
“Al alma; ora por ella, y condolido
“Dáme el bautismo que las culpas quita.”
Un no sé qué de suave y dolorido
En su acento, á piedad al héroe excita,
Que al pecho entrando, extingue los enojos
Y lágrimas le arranca de los ojos.

LXVII

Allí cercano murmurar se siente
 Entre el monte, un pequeño y manso río;
 Corre á él, llena el yelmo en su corriente
 Y vuelve triste al grande oficio y pio;
 Tiembla su mano, ver quiere la frente
 Y el rostro que se va tornando frío.
 Le vió y le conoció. Quedó privado
 De voz y movimiento el desdichado.

LXVIII

No murió él. Su esfuerzo más que humano
 La vida acoge al corazón entero.
 Reprime su dolor, va á dar su mano
 Vida con agua, á quien mató su acero.
 Mientras el rito cumple del cristiano,
 Tórnase el rostro de ella placentero:
 Parece que en morir se goza, y dice:
 "Se abre el cielo, y á él subo en paz felice."

LXIX

Pálida aquella faz tan blanca y bella
 Cual violeta entre lirios se veía;
 Ve al cielo, y por piedad volverse á ella
 El sol y el cielo mismo parecía;
 Desnuda y fría mano la doncella
 Al caballero, en vez de hablar, tendía
 Como prenda de paz. De esta manera
 Espira; y semejaba que durmiera.

LXX

Cuando la alma gentil él ve exhalarse,
 Rebájase el vigor que había juntado,
 Y cede sin poder ya dominarse
 A su mortal dolor desatentado
 Que el corazón le oprime: al estrecharse
 Su vida en breve espacio, inerte, helado,
 Se ve á la muerta el vivo semejante,
 En silencio, color, sangre y semblante.

LXXI

De la vida, que ya le pesa odiosa,
 El débil lazo entónces se quebrara
 Para seguir al ánima gloriosa
 Que poco ántes sus alas desplegara,
 Si una fuerza de francos numerosa
 En busca de agua acaso no llegara,
 Que al guerrero llevó con la doncella,
 Vivo en sí mismo apénas, muerto en ella.

LXXII

Que el capitán de aquellos, aún distante
 Al príncipe conoce en la armadura;
 Se acerca, y de Clorinda ve el semblante;
 Duélese de su extraña desventura;
 Aunque la cree pagana, repugnante
 Le es dejarla á los lobos por pastura.
 Que en brazos ambos vayan recomienda,
 Y de Tancredo marchan á la tienda.

LXXIII

Del movimiento igual, pausado y suave
 No se resiente el caballero herido;
 Mas gime débilmente: así se sabe
 Que aun hay vida en el cuerpo amortecido.
 De que el otro murió dudar no cabe;
 Que está inmóvil, callado y arrecido.
 Llevan al uno y otro juntamente,
 Mas en lugar los ponen diferente.

LXXIV

Escuderos solícitos rodean
 A Tancredo y auxilios le prodigan;
 Ya sus ojos parece que algo vean,
 Y lo que le hagan sienta y lo que digan;
 Mas duda que ilusiones tal vez sean
 Que aun en su mente atónita se abrigan:
 Absorto mira; criados y aposento
 Conoce al fin, y dice en triste acento:

LXXV

"¿Vivo? ¿Respiro aún, y la espantosa
 "Claridad miro de este infausto día,
 "Testigo de la hazaña criminosa
 "Que me echa en rostro mi maldad impía?
 "Mano cobarde y lenta, que no osa
 "(Aunque bien sabe del herir la vía
 "Y muerte dar infame, detestable)
 "Esta vida arrancarme miserable;

LXXVI

"Que este pecho traspases, y destroces
 "Mi corazón con duro hierro, quiero;
 "Mas quizá usada sólo á hechos feroces,
 "Piedad juzgas matar al dolor fiero.
 "Viviré ejemplo, pues, de actos atroces,
 "De amor mísero monstruo lastimero,
 "Mísero monstruo que por pena digna
 "De su crueldad, arrastre vida indigna.

LXXVII

"Entre tormentos viviré y terrores,
 "Mis justas furias, bárbaro demente,
 "La noche temeré, que en sus horrores
 "Mi crimen de continuo represente:
 "Odiaré al sol que en vivos resplandores
 "Mi espantosa desdicha hizo patente:
 "Temblaré de mí mismo, y siempre huyendo
 "De mí, conmigo viviré muriendo.

LXXVIII

"Pero ¿dónde, ¡ay de mí! dónde quedaron
 "Los restos de aquel casto cuerpo hermoso?
 "¿Lo que mis furias sano en él dejaron
 "De fieras destrozó furor rabioso?
 "¡Oh más que noble presa! Acaso osaron
 "Pasto hacer de ella; pasto harto precioso,
 "¡Infeliz! El que yo empecé salvaje,
 "Acabaron las bestias, vil ultraje;

LXXIX

"Mas yo hallaros sabré, restos amados,
 "Si existís, y conmigo he de teneros;
 "Y si esos bellos miembros devorados
 "Fueron por animales carniceros,
 "Que los míos por ellos sean tragados
 "Y alimenten sus mismos vientres fieros.
 "Tumba honrada y feliz me será aquella
 "En que pudiere junto estar con ella."

LXXX

Así habla el infeliz. Se le declara
 Que se halla el cuerpo allí de quien se duele,
 Y su sombría faz luego se aclara,
 Cual con lampo fugaz la nube suele;
 El lecho y el reposo desampara
 Y el cuerpo enfermo al movimiento impele.
 Con grande esfuerzo el débil paso rige
 Y á ella vacilando se dirige.

LXXXI

Luego que llega y ve en el albo seno
 La que su mano abrió, cruel herida,
 Y cual cielo nocturno aunque sereno
 Sin esplendor la faz descolorida;
 Tal tembló, que cayera si de ajeno
 Brazo no hubiera ayuda prevenida;
 Y dice: "Oh rostro que agraciar la muerte
 Puedes, mas no endulzar mi amarga suerte,

LXXXII

"Oh bella diestra que la dulce prenda
 "De paz y de amistad grata me distes,
 "¡Cuál os hallo y cuál me hallo! Oh suerte horrenda!
 "Vosotros, suaves miembros, que sentistes
 "Mi cólera feroz, dura y tremenda,
 "Y de ella ahora sois despojos tristes,
 "Mis ojos, cual la mano despiadados,
 "Heridas que ella dió mirais osados?

LXXXIII

“¿Enjutos las mirais? Pues ser no puede
 “Vertido el llanto, que la sangre sea.”
 Cesa de hablar, y como á todo excede
 La ansia tenaz con que morir desea,
 Los vendajes y heridas rasga adrede,
 De sangre un rio corre, y él flaquea
 Y muerto habria; mas su pena acerba
 Quitándole el sentido, le conserva.

LXXXIV

Puesto en el lecho, el alma fugitiva
 Vuelta fué á los oficios que aborrece.
 La vocinglera fama contando iba
 Su duelo y desventura, y los acrece.
 Gofredo viene y larga comitiva
 De muy dignos amigos aparece;
 Mas no aquieta consejo ó ruego calma
 El obstinado afan de aquella alma.

LXXXV

Cual miembro que llagado está de muerte,
 Tocado se exaspera y crece el daño,
 Tal en el corazon duele más fuerte
 Consolarle queriendo, un mal tamaño.
 Mas Pedro venerable, á quien la suerte
 Dió aquella oveja enferma en su rebaño,
 Con palabras gravísimas su queja
 Modera, y le amonesta y aconseja:

LXXXVI

“¡Oh Tancredo, Tancredo! que modelo
 “Solias ser de seso y fortaleza,
 “¿Qué cambio miro en tí? ¿Qué denso velo
 “Te ciega? ¿Qué enflaquece tu entereza?
 “Tu desventura un nuncio te es del cielo;
 “¿No le ves? ¿No le oyes, que á la alteza
 “Te llama de virtud que ántes amaste,
 “Y la senda te muestra que dejaste?”

LXXXVII

“Y á seguir el primero oficio digno
 “De caballero de Jesus te instiga
 “Que por amar dejaste (¡oh cambio indigno!)
 “A una moza, de Dios fiera enemiga?
 “Feliz adversidad, rigor benigno,
 “Que con azote suave te castiga
 “Por tu locura, y medios de salvarte
 “Pone en tu mano. ¿Y quieres rehusarte?”

LXXXVIII

“¿Rechazarás ¡oh ingrato! el don precioso
 “Del cielo contra el cual muestras tus iras?
 “¿Dónde insensato corres y furioso?
 “De perdicion sobre el abismo giras:
 “Llegas al negro borde y espantoso
 “Del precipicio eterno, ¿y no lo miras?
 “Mira, por Dios. Contén con pecho fuerte
 “Un dolor que te arrastra á doble muerte.”

LXXXIX

Calla. En aquel, temor de muerte eterna
 De morir el anhelo debilita:
 Da lugar al consuelo, y á su interna
 Pasion, él mismo alivio solicita,
 No sin que algun gemido ó queja tierna
 Lance tal vez, que compasion excita,
 Consigo mismo ó con el alma hablando
 Que del cielo quizás le está escuchando.

XC

Cuando el sol luce y cuando está escondido,
 Con flébil voz la llama, y ruega y llora,
 Cual ruiñeñor que despojar el nido
 De sus hijuelos vió mano traidora,
 Y á solas en el bosque, dolorido,
 En la noche se queja hasta la aurora.
 Al alba al fin los ojos cierra un tanto
 Y se desliza el sueño entre su llanto.

XCI

En sueños ve, de estrellas circundada,
A la amiga que llora en triste ausencia,
Muy más bella: la clara luz dorada
Adorna, mas no altera su presencia,
Y con piedad le enjuga sublimada
Los ojos, y así endulza su dolencia:
"Mírame—dice—amado de mi alma,
"Bella y feliz, y tus martirios calma.

XCII

"Gracias á tí aquí estoy. De los mortales
"De ese mundo por yerro me quitaste,
"Y con Dios y las almas inmortales
"De habitar siempre digna me tornaste.
"Yo amando, dichas gozo celestiales:
"Tú aquí el lugar tendrás que conquistaste,
"Y del gran Sol, en sempiternos días
"Gozarás las bellezas y las mías,

XCIII

"Si no quieres tú mismo errando ciego
"Perder el cielo con fatal locura.
"Vive y sabe que te amo (no lo niego)
"Cuanto es lícito amar á una criatura."
Así diciendo, como amante fuego
Brilla en sus ojos, aunque en luz más pura;
Luego sus rayos ocultó en el cielo
Y en él vertió dulcísimo consuelo.

XCIV

Ya más calmado al despertar, se entrega
De médica asistencia á los cuidados;
Que con respeto se sepulten ruega
Los nobles miembros tanto en vida amados:
Bronce y mármol usar la suerte niega
En la tumba y artistas celebrados.
Mas la piedra y labor cuanto se puede
Se escoge, y cuanto el tiempo más concede.

XCV

Allá con luces noble comitiva
En pompa honrosa quiere que la lleve,
Y de un desnudo pino en cima altiva
Trofeo de sus armas que se eleve.
En cuanto algo recobra la nativa
Fuerza, al siguiente día, el paso mueve
De reverencia y de piedad henchido,
Adonde yace el cuerpo tan querido.

XCVI

Llega al fúnebre, triste monumento,
Que cuanto amó su corazón cobija,
Pálido, helado, mudo, sin aliento
Casi; sus ojos en la losa fija,
Rompe á llorar, y en congojoso acento
"¡Ay de mí!—dice—¡ay cruel pena prolija!
"¡Ay tumba que amo y que venero tanto,
"Dentro mi fuego tienes, fuera el llanto!

XCVII

"De muerta no eres tú, sí de viviente
"Ceniza albergue, donde Amor reposa:
"De tí la usada llama el pecho siente
"Méno dulce, no méno ardorosa.
"Mis suspiros recibe y el ferviente
"Beso que baña lágrima amorosa,
"Y dálos, pues que yo no puedo (¡ay triste!)
"Al cuerpo amado que en tu seno existe.

XCVIII

"Dáselos, que si un día acaso mira
"La bella alma el bellissimo despojo,
"No mi audacia ó tu lástima su ira
"Moverá: que en el cielo no hay enojo,
"Mi error ya perdonó. Sólo respira
"Mi corazón, si esta esperanza acojo:
"Culpa á mi mano sólo, y me tolera
"Pues en vida la amé, que amando muera.

XCIX

“ Y amando moriré. ¡Dichoso instante
 “ Cuando quiera que llegue! Y más dichoso
 “ Si, como hoy, de tí en torno vago errante,
 “ Y tu regazo acógeme piadoso.
 “ El cielo habite una alma y otra amante,
 “ Un túmulo á ambos cuerpos dé reposo;
 “ Lo que en vida no fué, sea en la muerte,
 “ Si tanto esperar puedo, en mejor suerte.”

C

Por la enemiga tierra se extendía
 De la desgracia, en tanto, rumor vago
 Confirmado despues. Con vocería
 Y llantos, se contaba el caso aciago,
 Y la ciudad sitiada se dolía
 Cual si tomada ya, ruina y estrago
 Y el enemigo fuego la asolaran
 Y por templos y casas revolveran.

CI

Arsete las miradas á sí llama
 Lastimoso en el habla y el talante;
 Como los otros, llanto no derrama,
 Que tiene el corazon como diamante.
 Mas en sus canas polvo desparrama,
 Y en el pecho se hiere y el semblante:
 Miétras á él se vuelve el pueblo todo,
 Argante llega y habla de este modo:

CII

“ Bien quise yo, cuando hube conocido
 “ Que aquella heróica dama quedó fuera,
 “ Seguirle, y corrí al punto, decidido
 “ A que igual de los dos la suerte fuera.
 “ ¿Qué no hice? ¿Qué no dije? A grito herido
 “ Rogué al Rey que la puerta abrir hiciera;
 “ Vano mi empeño fué, mi ruego vano:
 “ Nególe el que aquí manda soberano.

CIII

“ ¡Ay si saliera! Hubiera yo logrado
 “ Del peligro librar á la doncella,
 “ O con gloria mis dias acabado
 “ Hubiera, donde fin dieron los de ella.
 “ ¿Pude hacer más? Muy otro fué el dictado
 “ De los hombres, de Dios y de su estrella.
 “ Murió de fatal muerte. Está á mi alcance
 “ Lo que me toca hacer en este lance.

CIV

“ Oye, Jerusalem, lo que prometa
 “ Argante; óyelo cielo, y si faltare,
 “ Máteme un rayo. Juro que completa
 “ Venganza haré en el franco, que repare
 “ La falta de guerrera tan perfeta,
 “ Y esta espada jamas de mí separe
 “ Sin que el pecho á Tancredo á pasar llegue
 “ Y á los cuervos su cuerpo infame entregue.”

CV

Así dijo, y aplauso estrepitoso
 De la turba, acogió su juramento,
 Y bastó la esperanza al veleidoso
 Vulgo, para olvidar el sentimiento.
 ¡Cuán vano el jurar fué! Que presuroso
 Siguió contrario efecto á aquel intento.
 Éste en combate igual fué muerto un día
 Por quien vencido y preso ver creía.